

á todo esta cercanía. Josué la reedificó, fijó en ella su residencia y preparó su sepulero. Esta despreciable ciudad llegó á ser con el tiempo una de las mas célebres de la Tierra santa y se llamó *Tamnasemes*, que quiere decir *Imágen del sol*, porque los Israelitas pusieron sobre el sepulero de Josué, que estaba en ella, la imágen del sol, para perpetuar la memoria de haberse parado el sol, mandado por Josué.

Fué de gran consuelo para este y para el sumo pontífice Eleazar tener sus habitaciones tan cercanas, porque les proporcionaban reunirse con la facilidad y frecuencia que pedian la gravedad y multitud de los negocios que debian evacuar y decidir. Mayor aun fué el que tuvieron al ver concluido tan felizmente el encargo que el Señor les habia hecho de repartir, en union con los príncipes de las familias y tribus de los hijos de Israel, la tierra prometida, y haberle evacuado á satisfaccion de tanta multitud de interesados. Todo se habia terminado en Silo, cerca del tabernáculo y del arca santa, donde con un modo sensible presidia el Señor á las deliberaciones.

Ciudades de asilo y levíticas.

Aun no se habian señalado ciudades de asilo ó refugio á este lado del Jordán, y se destinaron la de Cedes en la tribu de Nephtalí, al norte; la de Siquem en la de Efrain, en el centro; y la de Hebron en la de Judá, al mediodía. Moisés habia señalado al otro lado del rio la de Gaulon en la media tribu de Manasés, al norte; la de Ramot en la de Gad, en el centro; y la de Bosor en la de Ruben, al mediodía. Así quedaron en Israel seis ciudades destinadas al refugio de los reos por muertes involuntarias y otros casos que se expresaban en la ley. Tambien se procedió á la eleccion de cuarenta y ocho ciudades para la tribu de Leví, que no habia tenido parte en la distribucion de la tierra, y á la que estaba decre-

tado este número de ciudades con sus ejidos para habitacion de las personas y manutencion de sus ganados, como ya se ha dicho. Eran tres los hijos de Leví; Gerson, Caat y Merari. La familia de Caat tuvo el primer lugar entre las familias levíticas. Aaron y Moisés, que eran de esta familia, fueron la porcion mas principal de la descendencia de Leví. Moisés fué el legislador y conductor de Israel, y Aaron el sumo sacerdote del Altísimo y la cabeza del sacerdocio, segun el orden de Melquisedec. Se destinaron, pues, en primer lugar trece ciudades para la familia sacerdotal, que señaló la suerte dirigida por la mano del Señor en la tribu en que habia de estar algun dia el famoso templo de Salomon, y en las dos mas cercanas á ella. Las treinta y cinco restantes, destinadas para los levitas, fueron señaladas tambien por la suerte en el resto de las tribus. Así todas las ciudades de los levitas quedaron derramadas entre todas las tribus de Israel.

JOSUÉ DESPIDE LOS CUARENTA MIL SOLDADOS ISRAELITAS DEL OTRO LADO DEL JORDÁN.

La conquista general y los negocios comunes á toda la nacion estaban concluidos, y solo quedaban conquistas y negocios parciales que debian hacer y evacuar por sí cada una de las tribus. Llegadas las cosas á este punto, Josué trató de despedir y enviar con la bendicion de Dios á los cuarenta mil soldados de las tribus de Ruben, Gad y mitad de Manasés, que habian venido de vanguardia á la conquista de la tierra de Canaan, dejando todas sus familias á la otra parte del rio. Llamó, pues, Josué á los Rubenitas y Gaditas y á la media tribu de Manasés, y les dijo: Habeis cumplido todo lo que os

mandó Moisés, siervo del Señor. También á mí me habeis obedecido en todas las cosas. Ni dejásteis á vuestros hermanos en tan largo tiempo como ha pasado hasta el día de hoy, cumpliendo el mandamiento del Señor, vuestro Dios; y puesto que el Señor, vuestro Dios, ha concedido á vuestros hermanos quietud y paz, como se lo prometió, volveos, é id á vuestras tiendas y á la tierra de vuestra posesion que os dió Moisés, siervo del Señor, á la otra parte del Jordán. Solamente os encargo que guardéis atentamente y cumplais de hecho el mandamiento y la ley que os dió Moisés, siervo del Señor, de que ameís al Señor, vuestro Dios, y andeis en todos sus caminos y guardéis sus mandamientos, y que os unais á él y le sirvais con todo vuestro corazon y con toda vuestra alma; y dióles Josué su bendicion y les despidió diciéndoles: Con muchos bienes y riquezas volveís á vuestras casas, con plata y oro, cobre y hierro y todo género de vestidos; repartid con vuestros hermanos el despojo de vuestros enemigos.

Con esto les despidió el general, y ellos despues de manifestarle el sentimiento que les causaba su separacion, y de protestarle el mas profundo respeto y cordial agradecimiento, partieron de Silo, y tomaron el camino del Jordán para ir á la tierra de Galaad á unirse con sus familias, de las que se habian separado hacia ya mas de siete años. Anduvieron mas de quince leguas que habia desde Silo hasta el Jordán, sin ser inquietados por los ídólatras, que aun habian quedado en las montañas de Efraín y de Betel, por cuyas faldas pasaron (bien que el estado de impotencia á que se hallaban reducidos no era para inquietar á cuarenta mil Israelitas que caminaban armados, sino para temblar á su vista); y llegaron con toda felicidad á la ribera del rio.

Ereccion de un monumento y escándalo que causó.

Aquí fué donde tomaron aquella resolucion que causó tanta inquietud en los campamentos de Silo. Á fin de conservar siempre su union con los hermanos de este lado del Jordán, y vivir en el mismo culto del Señor, levantaron en la márgen del rio, antes de pasarle, un promontorio ó sea un altar de enorme grandeza que fuese en todos tiempos un testigo irrecusable de su religion y su union. Contentos con dejar este colosal monumento en la tierra de sus hermanos, pasaron el Jordán y continuaron su marcha. Iban llenos de satisfaccion y consuelo, por haber ayudado tan eficazmente á la conquista de la posesion de sus hermanos, por dejar colocada el area santa en el centro de la tierra prometida á sus padres y rodeada de los pabellones de Israel, y en fin, porque volvian sanos y salvos, despues de tantas y tan sangrientas batallas, á reposar en el seno de sus familias que les esperaban con los brazos abiertos para estrecharles entre ellos. Los parabienes, las lágrimas, el regocijo y los mas tiernos y dulces afectos fueron mutuos y solo explicables á los que los experimentaron. Tan feliz venida debia celebrarse por muchos dias con fiestas públicas y religiosas; pero no fué así. Cuando principiaban sus regocijos les llegó la noticia de que su religioso y colosal monumento habia causado un escándalo en sus hermanos del otro lado del rio y turbado la paz y quietud en que habian quedado á su salida de Silo. Se creyó allí que aquel altar, ó se habia erigido para ofrecer sacrificios á los dioses falsos, y esto era una horrible idolatria, ó al Dios verdadero, y esto era levantar altar contra altar, porque solamente se podian ofrecer sacrificios al Señor en el tabernáculo de Silo.

Se extendió con rapidez esta noticia por todas las tribus, y luego se halló congregado en Silo un ejército entero de Israelitas para ir á castigar al otro lado del Jor-

dán á los que miraban como unos ídólatras, ó como unos sacrílegos. El celo de estos hijos de Israel era generoso y laudable, pero era celo de muchedumbre que regularmente es arrebataado é imprudente. El de Eleazar y Josué y el de los príncipes de las tribus, sin ser menos generoso y laudable, fué mas considerado y prudente. No juzgaron que se debía condenar con tanta ligereza á unos hermanos que habian visto marchar pocos dias antes llenos de fe y religion, y determinaron enviar una diputacion que se informase de todo. Esta se compuso de diez, cada uno de los principales de cada tribu, llevando al frente á Finees, hijo de Eleazar, que como sacerdote y sucesor del sumo sacerdote era de una gran representacion. Pasaron los comisionados á la tierra de Galaad, y se presentaron á los hijos de Ruben, Gad y media tribu de Manasés. Finees llevó la voz, y les habló con tales demostraciones de dolor y de amargura que atemorizó á cuantos le oían. ¿Qué trasgresion es esta? les dijo. ¿Porqué habeis dejado al Señor, Dios de Israel, edificando un altar sacrílego y retirándoos desu culto? Vosotros habeis dejado hoy al Señor, y mañana se enfurecerá la ira del Señor contra todo Israel. Si os parece impura la tierra de vuestra posesion, volveos á nuestra tierra en la que está el tabernáculo del Señor y habitad con nosotros. Solo deseamos que no os aparteis del Señor, ni de nuestra compañía, edificando otro altar fuera del altar del Señor nuestro Dios. Por desgracia ¿no traspasó Acan, hijo de Zaré, el mandato del Señor y vino su ira sobre todo el pueblo de Israel? ¡Y él un solo hombre era! y ¡ojalá que él solo hubiera perecido en su maldad!

Estos recuerdos tan amargos, estas repreciones tan vivas y tan sentidas, estas comparaciones que eran las mas propias de un sacerdote abrasado del celo de la honra y gloria de Dios, y las que debian sufrir los hijos de Galaad, si fueran culpables, les causaron un profundo sentimiento, porque eran inocentes. Así fué que respondieron á la comision en los términos mas valientes,

aunque llenos de respeto. ¡Fuertísimo Señor, Dios! exclamaron. ¡Fuertísimo Señor, Dios! Él lo sabe y tambien lo sabrá Israel. Si nosotros con ánimo de prevaricacion hemos levantado este altar, no nos ampare el Señor, sino que nos castigue ahora mismo; y si nosotros lo hemos hecho con designio de ofrecer sobre él holocaustos y sacrificios y víctimas pacíficas, el Señor nos lo demande y juzgue. Despues de pronunciar contra sí tan terribles juramentos, para deshacer desde luego el error con que se procedia y apartar de sí hasta la menor sombra de sospecha contra su fe y su religion, pasaron á sosegar las inquietudes de los diputados, dando razon de los motivos que habian tenido para edificar aquel enorme altar en la márgen del Jordán.

Cuando íbamos á pasar el rio nos ocurrió un pensamiento que creimos conveniente poner en ejecucion, y vedle aquí. Mañana dirán vuestros hijos á los nuestros; ¿Qué teneis vosotros con el Señor, Dios de Israel? El Señor puso el rio Jordán por término entre nosotros y vosotros, hijos de Ruben y de Gad, y por eso vosotros no teneis parte en el Señor; y con esta ocasion vuestros hijos apartarán á nuestros hijos del temor del Señor; y así tuvimos por mejor y dijimos: Edifiquemos aquí un altar, no para ofrecer holocaustos ni víctimas, sino para testimonio entre nosotros y vosotros entre nuestra extirpe y la vuestra, de que servimos al Señor y de que tenemos derecho de ofrecer holocaustos y víctimas y sacrificios de paz, que el dia de mañana no digan vuestros hijos á los nuestros: No teneis vosotros parte en el Señor; porque si lo quieren decir, les replicarán: Ved aquí el altar del Señor que hicieron nuestros padres, no para holocaustos ni sacrificios, sino como un testimonio entre nosotros y vosotros. Guárdenos Dios de la maldad de que nos apartemos del Señor y abandonemos sus caminos edificando altar para ofrecer holocaustos y sacrificios y víctimas, sino en el altar del Señor, nuestro Dios, que está erigido delante de su tabernáculo.

Así concluyeron los hijos de Ruben, Gad y mitad de Manasés su relato, haciendo una defensa triunfante de su porte, y dando una razon la mas justa y religiosa del motivo que habian tenido para erigir aquel glorioso monumento. Finees y sus compañeros oyeron, no solo con atencion, sino con un gozo inexplicable la relacion que les hicieron las tribus de Galaad; recibieron con el mayor placer su justificacion, y Finees, hijo del sumo sacerdote Eleazar, les dijo: Ahora sí que sabemos que está con nosotros el Señor, puesto que vosotros estais ajenos de esta prevaricacion y habeis librado de la ira del Señor á los hijos de Israel. Con esto Finees y los príncipes, sus compañeros de comision, trataron de despedirse de los hijos de Ruben, Gad y media tribu de Manasés y volverse con toda diligencia á dar al gran sacerdote Eleazar, al santo general Josué y á todos los hijos de Israel del otro lado del Jordán, la feliz noticia de la religiosísima disposicion en que habian hallado á todos los hijos de Israel de la otra parte del rio. Su último á Dios fué exhortales á que viviesen en paz, temiesen y amasen á Dios y guardasen sus santos mandamientos. Al concluir esta exhortacion tomaron su camino, y el deseo de llevar una noticia de tanta consideracion y consuelo, les dió alas de diligencia y en muy poco tiempo llegaron á Silo sin la menor novedad.

No se puede explicar el gozo que recibieron el sumo sacerdote, el anciano general, los príncipes de las tribus y todos los hijos de Israel que se habian reunido en Silo y se hallaban con las armas en la mano para castigar en sus hermanos este delito que no habian cometido, cuando oyeron á los comisionados: que el altar que les habia puesto en tanto cuidado y echo tomar las armas, no era obra de una prevaricacion, sino de una precaucion digna de toda alabanza, y que no era un altar de víctimas, sino un monumento de religion y de union entre los hijos de Israel. Luego dejaron las armas con tanto gusto como ardiente habia sido el celo con que las

habian tomado. Y los sacerdotes llenaron el templo, y los levitas ciñeron el santuario, y el pueblo todo se reunió en el atrio á dar gracias á Dios, y todos á una voz bendijeron, alabaron y glorificaron al fuertísimo Señor, Dios de Israel, que habian invocado en su defensa los hijos de Galaad, sus religiosísimos hermanos. Este suceso, que tuvo un fin tan dichoso y lleno de consuelo para los hijos de Israel y de gloria para el Señor, ofrece grandes ejemplos de celo, de moderacion, de justicia, de caridad y sobre todo del mas ardiente deseo de evitar por todos los medios la division en materia de religion.

Exhortacion del anciano Josué.

Pasado mucho tiempo (como unos diez años) despues que el Señor habia dado la paz á Israel, sujetas todas las naciones de en rededor, y siendo ya Josué de edad muy avanzada, convocó á los ancianos, á los príncipes, á los caudillos, á los magistrados, á todo Israel, y les dijo: Yo he envejecido y me hallo en una edad muy adelantada. Vosotros veis todo lo que el Señor, vuestro Dios, ha hecho en vuestro rededor con todas las naciones; como él mismo ha peleado por vosotros, y que ya os ha repartido por suerte toda la tierra desde la parte oriental mas allá del Jordán hasta el mar grande (el Mediterráneo); pero os quedan aun muchas naciones que conquistar, esto es, muchos restos ó porciones de las naciones conquistadas. El Señor, vuestro Dios, las exterminará y disipará de vuestra presencia, y poseeréis la tierra como os lo ha prometido. Solo se necesita que os revistais de valor y que seais muy cuidadosos de guardar todas las cosas que estan escritas en el libro de la ley de Moises, y no os desvíeis de ella ni á la derecha ni á la izquierda. Despues que entreis en la tierra de esas gentes, no jureis por el nombre de sus dioses, ni los sirvais, ni los adoreis, sino estad unidos al Señor, vuestro Dios, como lo

habéis estado hasta este día, y entonces el Señor dispará de vuestra presencia esas gentes grandes y robustísimas, y nadie podrá resistiros. Uno solo de vosotros perseguirá á mil enemigos, porque el Señor, vuestro Dios, combatirá él mismo por vosotros, como lo tiene prometido. Esto solo procuraréis con muchísima diligencia *que ameís al Señor, vuestro Dios*. Mas si quisieris adheriros á los errores de esas gentes y mezclaros con ellas por matrimonios y amistades, tened entendido desde ahora : que el Señor, vuestro Dios, no las exterminará de vuestra presencia, sino que serán para vosotros una hoya y un lazo y un tropiezo á vuestro lado y un dardo clavado en vuestros ojos hasta que os extermine y disipe de esta excelente tierra que os ha dado. Yo estoy ya para morir; vosotros reconoceréis que el Señor no ha dejado sin cumplir ni una sola palabra de las que os prometió que cumpliría; pues así como ha cumplido todo lo que prometió y todo os ha sucedido prósperamente, así también enviará sobre vosotros todos los males que tiene amenazados hasta quitaros y exterminaros de esta tierra óptima que os ha dado.

Otra del mismo.

Después de este discurso tan interesante ya por las grandes promesas, ya por las terribles amenazas que contiene, después de este discurso que tiene todos los visos de última despedida, aun vivió Josué varios meses ocupado de los temores que le causaban las amenazas del Señor, si su querido pueblo llegaba á ser infiel. Él le dejaba en paz, lleno de fervor y entregado al exacto cumplimiento de los mandatos del Señor; pero como había sido testigo ocular de sus infidelidades en el tiempo de su predecesor, y siervo de Dios, Moisés, sus temores pasaban mas allá que sus esperanzas, y acaso estos temores fueron la causa de querer hablar otra vez á su amado

pueblo antes de separarse de él para siempre. En efecto, de acuerdo con el gran sacerdote Eleazar, que siempre fué su consejero, convocó á la ciudad de Siquem, poco distante de Silo, otra junta general de toda la nación, y esta era la última en que había de hablar á su pueblo el santo anciano. Se hallaron en Siquem el día señalado los ancianos, los príncipes de todas las tribus, los jueces, los magistrados y todo el pueblo, esperando lo que tendría á bien decirles su general. Todos le amaban como á padre, y cada vez escuchaban con mas respeto y atención sus palabras, temiendo que fuesen las últimas que le oyesen. En esta ocasión, después de hacerles presente los principales prodigios que había obrado el Señor á su favor desde que sacó á Abraham, su padre, de la Caldea hasta este en que les hablaba, y después de haberles conmovido con la relación de tantos portentos obrados á su favor, les dice con aquel celo de la honra y gloria del Señor que ardía siempre en su pecho :

Ahora, pues, hijos míos, temed al Señor y servidle con un corazón perfecto y sincerísimo; y queriendo el venerable anciano obligarles á una protesta solemne de que servirían siempre al Señor, les pregunta : ¿ Queréis vosotros servir en algún tiempo á los dioses de los Amorreos en cuya tierra habitais? Léjos de nosotros, respondió todo el pueblo al oírlo; léjos de nosotros que dejemos al Señor en ningún tiempo y sirvamos á dioses ajenos. El Señor nuestro Dios, él mismo sacó á nuestros padres y á nosotros de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud, é hizo á nuestra vista grandes prodigios y nos guardó en todo el camino por donde anduvimos y en todas las poblaciones por donde pasamos, y arrojó á todas las gentes, y al Amorreo que habitaba en la tierra en que hemos entrado. Servirémos, pues, al Señor porque él es nuestro Dios. Esta protesta era la que deseaba oír Josué de boca del pueblo; pero Josué quería que se asegurasen mas y mas en su protesta, y les replicó : No podréis servir al Señor, porque es un Dios santo y no perdonará vuestras

maldades. Mas el pueblo contestó con una firmeza que tocaba en resentimiento : No , no será así como vos lo decís , sino que nosotros serviremos al Señor. Josué , á quien agradó sobremanera esta respuesta, les tomó la palabra y dijo : Vosotros sois testigos de que vosotros mismos habeis escogido servir al Señor, y ellos respondieron : Sí, somos testigos. Josué entonces se aprovechó de esta firme resolucion en que se hallaban para animarles á destruir los ídolos de Canaan al paso que fuesen conquistando los terrenos que aun poseían los Cananeos, y les dijo : Pues bien ; quitad los dioses ajenos de en medio de vosotros , é inclinad vuestros corazones al Señor. Sí, contestó el pueblo, sí, á nuestro Dios serviremos y á sus mandatos obedeceremos. Aquí Josué, siguiendo el modelo de su ilustre predecesor Moises, quiso que estas solemnes y repetidas protestas que los hijos de Israel acababan de hacer se conservasen para siempre ; y á fin de conseguirlo, hizo que se escribiesen y uniesen como un aditamento al libro de la ley que habia escrito Moises y se conservaba en el arca de la alianza ; y para cumplir estos prometimientos con uno de aquellos actos que dan golpe á los sentidos y fijan las ideas de los pueblos, hizo rodar y colocar bajo de una encina, que habia en el paraje de la reunion, una enorme peña, y dijo : Ved ahí esa peña. Ella dará testimonio contra vosotros si acaso en adelante quisiéreis negar vuestras protestas y mentir al Señor, vuestro Dios. Con esto despidió Josué al pueblo para que cada uno se volviese á su posesion. Nada mas podia esperarse ya del celo de un santo anciano, que si, durante su vida, fué el guerrero mas hábil de Israel, en los últimos dias de ella, fué el Israelita mas religioso de su tiempo.

Su muerte.

Luego que despidió al pueblo, murió en la paz del

Señor y con su muerte perdió Israel un general invencible, un ángel de consuelo y fortaleza, un amigo de Dios, un confidente de sus secretos y un depositario de su poder. Fué grande hasta en el nombre, porque Josué es lo mismo que Jesus, y así le llama el Eclesiástico. Todos saben que Jesus significa salvador y Josué lo fué del pueblo de Israel, representando á aquel que en la sucesion de los siglos lo habia de ser de todo el mundo. Josué fué sucesor de Moises en la profecía, dice el mismo Eclesiástico, y máximo en salvar á los escogidos de Dios, y en derrotar á los enemigos que se le oponian para que Israel lograra la herencia. ¿Cuánta gloria no alcanzó alzando su mano y revolviendo su espada contra las ciudades ? ¿Quién antes de él combatió así ? ¿Por ventura no se detuvo el sol para dar tiempo á su ira (victoria) sobre sus enemigos y fué un dia como dos ? Él invocó al Altísimo cuando combatia á los enemigos por todas partes, y Dios, grande y santo, le oyó enviando piedras de granizo muy duras y pesadas. Se arrojó con impetu sobre sus enemigos y les derrotó en la caida para que conociesen las gentes su poder, porque fué en pos del Omnipotente, y no es cosa fácil pelear contra Dios. Despues de este magnifico elogio que hace el Espíritu Santo del valiente y religioso Josué, solo resta dar una relacion abreviada de su vida.

Nació en Egipto, cincuenta y tres años antes que saliesen de allí los hijos de Israel. Pasó cuarenta en el desierto, siendo constantemente un ministro fiel de Moises. Al entrar en los noventa y cuatro de su edad fué puesto al frente de su nacion, y desde este tiempo, por seis años enteros, estuvo siempre con las armas en la mano y en movimiento para hacer la conquista de la tierra prometida, y establecer en ella, segun el encargo del Señor, á los hijos de Israel. Los diez años siguientes de su vida ya fueron de paz, y el que no era menos político que valiente, los empleó en arreglar, de concierto con el gran sacerdote Eleazar, el gobierno civil, y en poner en toda

observancia las ceremonias de la religion. No se habla de sus hijos ni descendientes en la sagrada Escritura, ni santos Padres, y es sentencia comun de estos, que conservó la virginidad toda su vida.

Su sepulcro.

Murió en Siquem, pero fué enterrado en la ciudad de Tamnath Saraa que él habia reedificado, preparando en ella su sepulcro. El acompañamiento y los funerales debieron ser magníficos, hallándose todavía la mayor parte de Israel reunida en Siquem sin haber pasado á poseionarse de los terrenos que les habia señalado la suerte.

Enterramientos de los huesos de José.

Acaso al mismo tiempo y con el mismo acompañamiento y magnificencia se hizo el enterramiento de los huesos de José. Estando para morir este patriarca, obligó con juramento á sus hermanos á que llevasen consigo sus huesos á la tierra de Canaan para sepultarlos en ella. Apenas espiró José, fué embalsamado su cuerpo y depositado en una caja y custodiado en Egipto con mucha veneracion por todo el tiempo que duró la esclavitud, y Moisés tuvo buen cuidado, al salir para la tierra de Canaan, de llevar consigo los restos mortales del amado de Jacob. Al morir Moisés entregó á Josué este respetable depósito, y Josué conquistada la tierra de Canaan, le trasladó de Gálgala, donde habia estado en custodia los seis años de la guerra, á su posesion de Siquem, en cuya cercanía se hallaba aquel campo que su padre Jacob habia comprado á los hijos de Hemor por cien corderos para enterrar en él sus muertos. Y en efecto, el sepulcro de José se halla señalado en los mapas á las cercanías de Siquem.

Muerte del sumo sacerdote Eleazar.

Acaso no habria Israel concluido el luto de treinta dias que se hacia en la muerte de los grandes personajes, cuando tuvo que principiar otro ó continuar el primero por la muerte de otro personaje ilustre. Este fué el gran sacerdote Eleazar, que siguió muy de cerca al general Josué en el camino del sepulcro. Eleazar fué hijo de Aaron y el segundo pontífice de Israel. Sucedió á su padre en el pontificado el año cuarenta, despues de la salida de Egipto, y ejerció la soberanía por espacio de diez y ocho. De este sumo pontífice se refieren pocas acciones individualmente, pero como tuvo tanta parte en la de Josué, de quien el Señor le habia declarado consejero y guía, y en cierto modo superior y padre, las grandes hazañas y los grandes elogios de Josué son tambien de este santo pontífice. Su edad no se sabe á punto fijo. Lo que consta de los Libros santos es, que fué el tercero de los cuatro hijos de Aaron, y que llegó al pontificado por la temprana muerte de sus dos hermanos. En calidad de pontífice tenia sobre los hijos de Israel una autoridad suprema. En las juntas ocupaba el primer lugar, y en las actas públicas se ponía su nombre antes que el de Josué.

Su hijo y sucesor Finees.

Eleazar fué sepultado en Gabaat, ciudad que se habia dado en posesion á su hijo y sucesor Finees, sin duda por consideracion al celo que este valiente Israelita habia manifestado cuando previó Israel con las hijas de Madian, é idolatró en el templo de Beelfegor. Finees sucedió á su padre Eleazar en la dignidad de gran sacerdote, pero nadie sucedió á Josué. En la constitucion, dada por Dios á los Israelitas, era esencial que tuviesen estos una autoridad suprema para el gobierno espiritual, y esta era la

que residía en el sumo pontífice, pero no era esencial que la tuviesen para el gobierno temporal, como se verá en la serie de esta historia.

GOBIERNO DE ISRAEL.

Moisés habia sacado á Israel del cautiverio de Egipto, le habia conducido cuarenta años por el desierto y llevado hasta las márgenes del Jordán. En todo este tiempo, como encargado de Dios, le habia dado leyes y ceremonias, habia arreglado cuanto pertenecía á la Religion y al Estado y cuanto convenia á la honra y gloria de Dios y á la paz y felicidad de aquel pueblo que se habia escogido el Señor para que preparase los caminos á la venida de su santísimo Hijo. Habia escrito un libro que contenia todos los estatutos religiosos y civiles que habian de gobernar á este envidiable pueblo, y despues de habérselos hecho saber en las campiñas de Moab, habia depositado el libro en el lugar santísimo, dentro del arca de la alianza, y bajo de aquel misterioso propiciatorio que formaban las alas de los querubines, donde se dejaba sentir la gloria del Señor y de donde daba sus oráculos ó divinas respuestas. Josué conquistó la tierra de Canaan tantas veces prometida por Dios á los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, dió la posesion de ella á los hijos de Israel, y en diez años que vivió despues de la conquista, no trató sino que se pusiesen en ejecucion todos los reglamentos que habia dejado escritos Moisés y que pertenecian al tiempo de esta posesion. Al morir quedó concluido este arreglo y era tan acabado y perfecto para el pueblo escogido por Dios, que las alteraciones que en lo sucesivo se hicieron en él, solo sirvieron para impedir su felicidad y ocasionarles grandes infeli-

idades. Poseida en plena soberanía esta tierra patriarcal, fué dividida en doce partes, adjudicadas por suerte á las doce tribus. Cada una de estas tenia en su principal ciudad un senado compuesto de ancianos y padres de familia y de un presidente elegido de entre ellos, y á este tribunal se llevaban los negocios generales de la tribu. Cada ciudad tenia á sus ancianos por jueces y las causas de los particulares se terminaban por su parecer. La capital ó centro de todo el Estado era la santa ciudad que escogia el Señor para asiento del tabernáculo y del arca santa. El sumo pontífice y los sesenta ancianos componian allí el tribunal supremo, donde se terminaban los pleitos que no se habian podido concluir en las tribus por sus jueces ordinarios. Tambien se celebraban en esta ciudad sagrada las juntas generales compuestas de los príncipes de todas las tribus y de sus ancianos y magistrados, á las que presidia siempre el pontífice del Señor; y en ellas se determinaban los grandes negocios pertenecientes á toda la nacion. En fin, en esta ciudad privilegiada, y solo en ella y en su tabernáculo y atrio, podian ofrecerse á Dios víctimas en sacrificio y holocausto, inciensos y timiamas por el ministerio de los sacerdotes y del soberano pontífice.

Su Monarca.

Mas los hijos de Israel gobernados de este modo, no estaban sin monarca. Era la nacion escogida y el pueblo de Dios, y Dios era su monarca. Así es que el gobierno de Israel no era, ni aristocrático, ni democrático, ni republicano, ni monárquico humano, ni otro alguno de cuantos se han conocido. Era un gobierno monárquico divino. Era un gobierno teocrático, es decir, que tenia por monarca al Señor, que habia querido hacer con él las veces de monarca humano. Así es que cuando los Israelitas pidieron tener un rey, como las demás nacio-